

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—En mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París R. A. Lorette, rue Caumartin, 6; Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 13 de Febrero de 1890.

¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos por la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murea, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Vinda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

GIBRALTAR Y TÁNGER.

El conocido redactor de *Le Siècle*, M. Deloncle, candidato á la subsecretaría del ministerio de Negocios Extranjeros de Francia por su actual competencia en las cuestiones internacionales, cuyo nombre hemos citado más de una vez como *leader* en la campaña actual de la prensa francesa en favor de los portugueses ha publicado estos días un artículo que tiene para nosotros especial importancia. Titúlase *Gibraltar á cambio de Tánger*, y trata de un proyecto que supone existir en el gobierno británico de ofrecer la devolución de Gibraltar á España á cambio del consentimiento por parte de nuestro gobierno, y tal vez de algo más eficaz, para la ocupación inglesa de un puerto en la costa de Marruecos que no sería otro que Tánger.

La sola posesión de Gibraltar no bastaría hoy á impedir el paso del Estrecho á una escuadra enemiga. El tiempo de la navegación á vela, la lentitud en la marcha y la dificultad en la maniobra, sin contar con el inmediato efecto de los vientos reinantes que obligaban á los buques á buscar el abrigo del Peñón, hacía dueño del paso al poseedor de las fortificaciones de Gibraltar. Hoy con la marcha rápida de los cruceros y la navegación á vapor, no es bastante una sola plaza para dominar un estrecho de treinta kilómetros de costa á costa. Estas razones, dice el articulista, han contribuido poderosamente á hacer prosperar la idea há tiempo emitida por algunos amantes del engrandecimiento de Inglaterra, de trocar el estéril Peñón, cuyos límites no podrían nunca rebasar el poderío británico, por un puerto del imperio marroquí, desde donde no sería difícil irse extendiendo gradualmente como en tantos otros sitios del Africa misma han hecho ya los aprovechados súbditos de la reina Victoria.

Afirma M. Deloncle que ha encontrado estas noticias en algunos periódicos ingleses, si bien no cita por su nombre ninguno, á lo cual debemos añadir que tampoco hemos encontrado en los más importantes, que diariamente leemos, nada que corrobore las aseveraciones del articulista francés.

No nos extrañaría, sin embargo, que el tiempo las confirmara, pues el proyecto, desde el punto de vista inglés, es sobradamente lisonjero para no haberse ocurrido á los partidarios de la expansión colonial de la Gran Bretaña.

Si de las maniobras militares, que, según se dice, deben verificarse este año delante de Gibraltar, resultara demostrada la insuficiencia de aquella plaza para impedir el paso del Estrecho, probable es que la idea antes apuntada tomara cuerpo y llegara á trascender á la esfera política.

En previsión de tal suceso, el ilustrado redactor de *Le Siècle*, ante cuya anglofobia el furor consularis de que habla Bismarck es inocente agua de rosas, la emprende con los ingleses y casi casi también con nosotros, declarando de manera categórica y terminante, que si por desdicha nos dejamos engañar por las falaces promesas de Inglaterra, y prestamos oído á su pretensión, Francia está dispuesta á impedir por todos los medios la conclusión de trato semejante, que llevaría á los ingleses á Marruecos, y haría posible la realización del sueño de los africanistas británicos extendiendo los dominios de su nación desde la costa de Berbería hasta el Sahara.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

ZARAGOZA

Charada

Dos tres primera dice Andrés que la todo buena es.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

EL DEPENDIENTE

La víctima propiciatoria en esta batalla continuo del mostrador, en esta lucha incesante entre el que compra y el que vende, es, sin duda alguna, al dependiente, auxiliar tan eficaz del comercio, como desgraciado en su penosa ocupación.

El, es el primero en sufrir las impertinencias del comprador, y el primero también, cuando la venta se hace difícil, en aguantar el mal humor del jefe, que necesitando de la venta para el pago de una obligación, no puede avenirse, ni con las circunstancias excepcionales del negocio, ni con las malas condiciones del comprador.

Y es que, del comprador con esos inconvenientes que el mostrador ofrece en casos dados, hay días de desgracia para el pobre dependiente.

Hay días en que es tal la indole del primer comprador, que más le valiera al dependiente retirarse de la venta.

Hay otros en que empieza á recibir moneda falsa y concluye de la misma manera.

Estos son días desgraciados que empiezan mal y acaban peor.

Y luchar contra tales inconvenientes, es como luchar contra el destino, cuando éste se empeña en ser contrario al individuo.

Hay también días en que principia con «compradores» de muestras, y por más que se esfuerce acaba de igual modo.

Estas clases de «compradores» de última hora, son los más «agradables».

Por la noche, cuando las mujeres no tienen dónde pasar las horas, las tiendas pagan el plato.

Y el dependiente es el encargado de distraerlas, desplegando telas y más telas y cortando una muestrita de ésta y de aquella, por el al verla de día gusta á la familia.

Indudablemente es una ocupación muy dispendiosa.

Sobre todo para el pobre dependiente.

Si está de mal humor ha de ocultarlo.

Si está enfermo, debe aparecer alegre y risueño.

Si algún pesar de familia le aqueja, no ha de demostrarlo.

Ni aun tiene libertad para sentir. O mejor, para manifestar el sentimiento. Y es, que así como el encargado de distraer al público en un teatro debe ahogar toda pena y mostrarse satisfecho y contento, por interés que el dolor sea, el dependiente de comercio tiene idéntica misión; satisfecho, sonriente siempre, ha de presentarse en todas las ocasiones, esclavo del comprador aunque el pesar le ahogue.

Ciertamente que es una triste misión. Agréguese á esto los efectos que al mostrador le ligan, y tendréis á uno de los seres más desgraciados que existen.

Sin familia, sin esos lares que, haciendo agradable la vida, son el acicate que nos impulsa.

En comunidad, como los frailes, y reglamentados, como los soldados, su ocupación de hoy es la misma que la de ayer y mañana la misma de hoy.

Horizonte: unos cuantos metros de espacio.

Campo de operaciones: unos metros de madera, el mostrador.

Porvenir: negro, como la conciencia de un avaro.

Tiene, con todo, algún aliciente esta vida triste y miserable.

Algo que le sonríe, que le alienta.

La esperanza.

Algo que acorta sus horas de improbo trabajo.

Los agradables coloquios con las parroquianas.

¿Qué sería de la vida sin ese paréntesis, semejante al oasis del desierto para el viajero á quien acosa la sed?

¿Qué sería el mostrador sin esas agradables conversaciones con la señorita, la menestrala, la modista, la costurera, etc., etc.?

¿Qué sería del dependiente sin esos ratos, verdaderamente agradables, que sus parroquianas, jóvenes y graciosas, le ofrecen?

Es, ya lo hemos dicho, un paréntesis en la vida del dependiente de mostrador; significa el descanso después del improbo trabajo.

Como que sin esto la vida sería por demás penosa, insostenible.

Porque esos coloquios, que reaniman el espíritu, lo refrigeran, le dan aliento, deciden muchas veces el porvenir del dependiente; resuelven el problema de su vida.

Pero aunque sólo ofrezcan distracciones momentáneas, agradable pasatiempo, ya es bastante para no para endulzar la vida; para matar al menos las amarguras, para mitigar las penas, para atenuar los dolores.

Desde luego, sin ese aliciente, sin esa distracción, la vida del mostrador sería insostenible.

Porque pongan por espacio de catorce horas en constante ejercicio á un hombre, sin otro descanso que el preciso para almorzar y comer—que no hay que descontar de las catorce—y digan si es posible resistirlas si que decaiga el ánimo y las fuerzas se resientan.

Pero hay juventud y esperanza, y ésta sostiene el desgaste de fuerzas que la ocupación ocasiona.

Porque la esperanza alienta á este auxiliar del comercio.

Es verdad también que suele acontecer que no se compra nunca en color de rosa el verde que simboliza la esperanza.

Y el dependiente no pasa de las ilusiones.

La realidad suele ser la tumba.

Pasando muchas veces por un hospital.

LAS SORTIJAS.

Quién fue el inventor ó el primero que construyó las sortijas, y el objeto original para que fueran construidas, es casi imposible averiguarse, en cuanto á quién fue la primera persona que las usó, es tan imposible como la anterior, pero la costumbre de usar sortijas en los dedos de las manos y de los pies pertenece á una época tan remota, que el origen se ha perdido por completo entre las negras sombras de la antigüedad.

La principal razón á que se atribuye el uso de la sortija era como un distintivo ó emblema de la autoridad.

Antiguamente se usaban como sellos. La entrega de una sortija quería decir que el dador autorizaba á la persona que la recibía con todos los poderes de que él personalmente gozaba.

Así fue que Farón, cuando le entregó el mando del gobierno de Egipto á José, se quitó del dedo la sortija, y se la presentó como emblema de autoridad.

De conformidad con esta costumbre, la Iglesia cristiana empleaba la sortija en la ceremonia del matrimonio, y fue primero adoptada por la Iglesia griega, como símbolo de autoridad que el esposo daba á la esposa sobre el hogar y de los bienes terrestres con que él la dotaba.

Hasta hace poco tiempo existía la idea de que el cuarto dedo de la mano izquierda era el elegido para usar la sortija, á causa de haber en él un nervio muy delicado que se suponía se comunicaba directamente con el corazón.

Desgraciadamente para el sentimiento, la ciencia médica se ha burlado de tal idea, probando lo falso de la teoría.

En la Iglesia griega y romana el dedo pulgar y los dos primeros representan la Trinidad.

El tercer dedo es del esposo, á quien la esposa le debe alianza.

La mano izquierda se elige para demostrar que la mujer tiene que ser súbdita del hombre.

Según opinión de muchas autoridades, la India fue el primer país que estableció el uso de las sortijas, lo cual fue prontamente imitado por los egipcios, siguiéndoles los antiguos etruscos, y con el transcurso del tiempo los romanos, que por sus conquistas fueron no solamente tomados, sino imitados.

Sin embargo, la costumbre de las sortijas llegó á ser universal, tanto en la parte salvaje como en la civilizada de los continentes del globo.

Bajo el mandato de los cónsules, las sortijas fueron primeramente construidas de hierro, y solo eran usadas por los soldados, en el tercer dedo de la mano izquierda, por lo cual se llegó á llamar el dedo de la sortija.

Según se iba aumentando en riqueza, acompañada de deseos y orgullo, fue la sortija ganando en posición, y los mejores metales empezaron á figurar, llegando á generalizarse esa prenda á tal grado, que se cuenta que después de la desastrosa batalla de Cannas, en la cual los romanos fueron derrotados, los senadores en Cartago recibieron un cesto lleno de sortijas de oro, de las cuales se había despojado á los muertos y prisioneros.

Los senadores romanos también usaban sortijas y Florus el historiador latino, asegura que, después del célebre encuentro que anteriormente hemos relatado, el Senado no tenía otro oro que el de tales prendas. Los plebeyos también adquirieron la costumbre de usar sortijas, pero esas eran únicamente